

Aguas aéreas

Los versos de Rubén Bonifaz Nuño

David Huerta

La isla de la maga Calipso está en un lugar imposible: el centro del espacio. Esa imposibilidad se manifiesta en su difícilísimo acceso, como si, en su corazón, la perfección misma del espacio lo volviera invisible, intangible, y más allá del mundo sublunar. Aun para los dioses, como el fulgurante Mercurio, el arribo a la morada isleña de Calipso es una aventura exigente, un viaje arduo. Allá llega, no obstante, el astuto Ulises después de una tempestad.

En las páginas de Pietro Citati sobre la mente iridiscente de Ulises, vemos como nunca antes los habíamos visto a los personajes odiseicos —rodeados, asediados por la mente también iridiscente del crítico, del lector más lúcido. Ulises y Calipso resplandecen en esas páginas, uno de los enlaces modernos más fecundos de la milenaria poesía homérica.

En su compacta centralidad, el espacio trágico donde conviven Ulises y Calipso solamente puede ser redimido por la sublimidad del tiempo; para llegar a ese punto, a ese instante dilatado, a esa duración de fijeza sin transfiguraciones, es necesario contar y contar repetidamente (*iterumque, iterumque*) la historia más grande, la más apasionante: el poema, la narración, rescatan el tiempo con la sublimidad de una historia, lo redimen, lo metamorfosean.

La historia cuyos episodios deben contarse sin cesar es, por supuesto, la destrucción de Troya; nadie puede referirla como Ulises. Es la historia más profunda; es la materia narrativa por antonomasia. Calipso lo sabe y le pide a Ulises contarla una y otra vez; la hechicera se comporta como los niños: “cuéntamelo otra vez”, y uno entonces lo hace, vuelve a contar, introduciendo leves variaciones para darle sustancia y sentido a la igualdad del cuento. Ulises ha de



Rubén Bonifaz Nuño

contar la guerra y la destrucción de Troya con variaciones, con inflexiones siempre nuevas; pero la historia *debe seguir siendo siempre la misma*. El héroe de la astucia y de los engaños, Ulises, debe contar *de otro modo lo mismo*; pero en ese relato de mutaciones incesantes y de inalterable andadura, nada debe ser engañoso ni esconder torceduras amañadas. El poeta, el contador de historias, el aeda, Ulises ante Calipso: la voz en la cual se recrea la destrucción de Troya debe ser completamente diáfana, fiel y renaciente al relatar el acontecimiento.

Todo esto lo sabía Publio Ovidio Nasón y lo puso en el libro segundo de su *Arte de amar*. Todo esto lo sabía Rubén Bonifaz Nuño y lo registró en el epígrafe general, epígrafe ovidiano, de su libro *De otro modo lo mismo*, primera parte de su obra poética reunida y publicada por el Fondo de Cultura Económica con sus poemas, editados e inéditos, hasta 1979; el epígrafe son esos versos latinos de Ovidio. De ese libro de Bonifaz Nuño me ocupó en estos renglones; de ese libro, visto aquí a vuelo de pájaro, desde luego. Examinarlo con pormenor, como sin duda la obra lo merece, como quizás un día se haga, está más allá de mis fuerzas, las capacidades de un lector de a pie.

Para Enrique Guadarrama

Debo decir esto y decirlo sencillamente: he sido un lector adicto a los poemas de Bonifaz Nuño durante casi medio siglo. No me ocupó de la segunda y de la tercera parte de la obra reunida, en vida de Bonifaz Nuño, por el Fondo de Cultura Económica (FCE): el tomo *Versos*, compilación del año 1996, y las *Calacas* de 2003; todas esas obras fueron publicadas en 2012 por el FCE en la *Poesía completa* de Bonifaz Nuño.

Para mí hay un momento culminante en esa trayectoria artística, en esa admirable aventura de la mente y el lenguaje: el volumen *De otro modo lo mismo*. Contiene los libros centrales, según yo, de la obra de Bonifaz Nuño: *Los demonios y los días*, *Fuego de pobres*, *Siete de espadas*, *El ala del tigre* y *La flama en el espejo*, publicados en el arco temporal de los años 1956 a 1971. Los cinco libros forman, en mi opinión, el núcleo diamantino de la obra de este poeta extraordinario.

En los hexámetros ovidianos, entonces, Rubén Bonifaz Nuño dibuja la encrucijada y la paradoja de su poesía: decir continuamente el “dolorido sentir” y hacerlo de manera fluida, diáfana, seductora.

Aludir aquí a Garcilaso de la Vega no es gratuito en absoluto. En mi modo de entender la poesía de Rubén Bonifaz Nuño, la huella de las églogas, de las elegías, de las canciones y de los sonetos garcilasianos resulta evidente. Citaré los conocidos versos de la Égloga primera por el solo gusto de hacerlo y para dibujar un sencillo diorama contra el cual podamos considerar una parte cardinal de la poesía de Rubén Bonifaz Nuño:

El desigual dolor no sufre modo;
no me podrán quitar el dolorido
sentir si ya del todo
primero no me quitan el sentido.

Son los versos 308-311 de la Égloga primera de Garcilaso. El pastor Salicio lamenta en ese pasaje la muerte de su amada Elisa. Esa parte del poema corresponde punto por punto con el tema lírico por antonomasia, según Edgar Poe: la muerte de la belleza, la desaparición del ser amado. Pero este caso extremo no es el único venero de ese hondo sentimiento: lo son, asimismo, todas las variaciones del amor sufriente. En ellas, en esas variaciones, es un consumado artífice Bonifaz Nuño, cuya estirpe garcilasiana convive con su impar conocimiento de la tradición clásica, conocimiento en el cual coincide con el poeta toledano.

En los poemas de Bonifaz Nuño coexisten, pues, sin discordia, pero en el vaso construido por un artista originalísimo, los rasgos del padre Homero, los versos de Ovidio y el sentimiento garcilasiano. Hay otras vertientes, otros ríos convergentes: en los versos de *De otro modo lo mismo* hay una dimensión rubendariana, por ejemplo, y una serie de puntos de contacto, interesantísimos, con la obra de Pablo Neruda. Y luego es necesario abrir la perspectiva para discernir otros horizontes: el habla mexicana, la música popular, un barroquismo de nuevo cuño, inédito, brioso, alucinante.

Abro una vez más los libros de Bonifaz Nuño y me doy cuenta de su trémula e intensa energía, de su fuego solar, todo ello hecho de palabras, modelado con una sabiduría nutrida en el conocimiento del hexámetro griego y en la familiaridad con los trímetros yámbicos acatalécticos; pues como W. H. Auden, Bonifaz Nuño ha comprendido la singularidad del verso, del ritmo, de la acentuación, de la cadencia y la prosodia. Por eso ha escrito con fruición poemas en decasílabos y eneasílabos. Había necesidad de ensanchar, de seguir ensanchado, el horizonte métrico, las posibilidades de esa extraña libertad de los poetas: no, desde luego, una libertad irrestricta, ilimitada, sino una libertad contenida, moldeada en tornos rigurosos.

Ha habido entre nosotros muy pocos poetas con una conciencia tan aguda de la forma como Rubén Bonifaz Nuño. El olvido de las exigencias formales sólo puede ser considerado como una de las más graves pérdidas en el mundo del arte, en el siglo

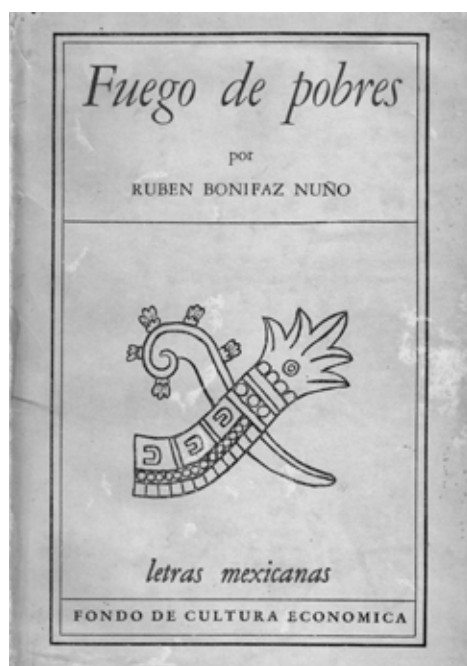
pasado y en este. Todo se ha sacrificado en un altar mezquino, pobrísimo.

Los versos de Bonifaz no son espléndidos solamente por su sentido, por su significación, por sus honduras. Lo son fundamentalmente por la forma; es él un consumado maestro de la versificación y en ese terreno hay pocos poetas modernos comparables con él.

En los eneasílabos de Rubén Bonifaz Nuño encuentro, por ejemplo, una andadura semejante a la de los acezantes versos de Pablo Neruda dentro de los vericuetos del *Estravagario*: un artefacto vivo, una criatura organizada como un lince, como un topo, como una mitocondria —ese eneasílabo de caminar parsimonioso, listo para lanzar un aguijonazo o para bañar el ámbito con una sonoridad hirsuta y mágica.

Me dirán: “Son poetas *muy* diferentes”, y yo deberé entonces decir esto: “No *tan* diferentes”. Ambos están hundidos en parecidos crepúsculos, los dos perfectamente al tanto del “dolorido sentir”, el mexicano y el chileno. La poesía los tiene uncidos a su constante ráfaga dorada. La poesía los une a otro maestro formidable del eneasílabo, el más diáfano y poderoso, el demiurgo Rubén Darío: “Juventud, divino tesoro... / Cuando quiero llorar no lloro, / y a veces lloro sin querer”.

He aquí, a modo de muestra mínima, seis eneasílabos de *El ala del tigre*, libro de 1969; forman el principio del poema número 26:



Algo en mi alma se parece a ti. Eres tú, no puedes irte del todo, amiga, aunque te vayas. Como almendra del fuego, o núcleo maizal del aire, estás conmigo dentro de mí, para quedarte.

A lo largo de páginas y páginas de versos, Bonifaz Nuño alterna sabiamente, durante largos momentos, los versos canónicos del “itálico modo” con los decasílabos y los eneasílabos. La memoria del extraño y fecundo *Estravagario* nerudiano acude una y otra vez conforme Bonifaz hace crecer como un rizoma sus poemas suntuosos, sombríos, a menudo enojados, hondamente mexicanos, en los cuales a veces estallan el habla callejera y los idiolectos oficinescos.

Los complejos, laberínticos, fogosos libros de la madurez (*Siete de espadas*, *El ala del tigre* y *La flama en el espejo*) han sido precedidos por dos obras maestras absolutas: *Los demonios y los días* y *Fuego de pobres*. Leemos repetidamente el principio del primer poema de *Fuego de pobres*:

Nadie sale. Parece que cuando llueve en México, lo único posible es encerrarse en guerra mínima a pensar los ochenta minutos de la hora en que es hora de lágrimas...

Leídos en serio —no para pasar el rato ni para cumplir con una encomienda artificial—, los libros de poesía nos hablan, nos amonestan, nos increpan, nos explican el ser y nos aclaran el tiempo, nos permiten explorar la conciencia y el mundo, y continuamente nos iluminan, en todo momento —ese momento preciso de su totalidad: su frágil ser eterno, el retorno insaciable de sus sonidos, la vuelta continua de sus sentidos y esa “cuarta dimensión de un poema”, examinada lúcidamente por el gran crítico M. H. Abrams: la magia de la lectura en voz alta y sus variadas seducciones. Libros como *Los demonios y los días*, *Fuego de pobres*. Esas dos colecciones, por lo menos, le han dado a Rubén Bonifaz Nuño un lugar eminente, principalísimo, en el horizonte de la poesía en lengua española, de la poesía a secas. **U**

Texto leído en el homenaje a Rubén Bonifaz Nuño en El Colegio Nacional el 12 de noviembre de 2014.